

EL RADICALISMO EN EL GOBIERNO, 1916-1930*

Torcuato S. Di Tella

Al finalizar la Primera Guerra Mundial y durante toda la década del 20, la estructura productiva del país se va complejizando: mientras surgen y se consolidan nuevos sectores, algunos de los más tradicionales inician su declinación.

Se impulsa el cultivo del algodón y se produce el desarrollo de una industria textil incipiente que llega aun a exportar. En la producción de lana se introduce el proceso de su lavado. Se realizan inversiones en la industria química, en la producción del papel, del cemento y del sulfato de aluminio. Los capitales norteamericanos invierten en el armado de maquinarias agrícolas y automotores, en la extracción de petróleo, en refinerías de maíz y en teléfonos. Los frigoríficos —Swift, Armour, etc.— consolidan su poder y logran doblegar la resistencia de los ganaderos argentinos.

Para esta época también surgen algunas industrias metalúrgicas, como Tanet (grupo Tornquist), La Canábrica y Gurmendí, y se consolidan otras como Siam. En 1922 se crea la desliería de petróleo de La Plata y cinco años después la Fábrica Militar de Aviones en Córdoba. Algunas industrias argentinas comienzan a establecer filiales en países limítrofes como Brasil, Perú y Uruguay.

Por otra parte, se estanca la inversión extranjera en ferrocarriles, no se realizan mejoras en los procesos productivos en los frigoríficos ni en el agro, en el que cae su rendimiento comparativamente con países en situación similar al nuestro, como Australia y Canadá, cuya productividad es creciente. En algunas industrias, como en los ingenios y las refinerías de azúcar, en molinos harineros, se realiza una importante inversión en maquinaria que no puede dar los frutos previstos pues se carecía de ingenieros y técnicos adecuados.¹

Asimismo, en esta época se fortalece la estructura monopolica en el conjunto de los sectores económicos (se crea una comisión de investigación en la Cámara de Diputados sobre la conformación de trusts, en la cual va a participar Juan B. Justo). Se otorgan facilidades y créditos para los sectores más concentrados al tiempo que éstos escasean para los pequeños y medianos productores.

* Extendido, con adaptaciones y agregados, de T. S. Di Tella, *Historia argentina de 1830 a nuestros días*, Buenos Aires, Troquel, 1993.

En el marco de estas transformaciones se alza la voz de Alejandro Bunge, previniendo sobre los peligros de la especialización agropecuaria y la necesidad de complementar y diversificar el desarrollo económico con una decidida política industrial.

CARACTERÍSTICAS DEL RADICALISMO: LOS TIEMPOS INICIALES Y LA IDEOLOGÍA

Durante la Revolución del Parque, de 1890, se dio el bautismo de fuego de lo que sería luego la Unión Cívica Radical, aunque por el momento unida a los mitristas y a los católicos. Alem fue el jefe de la revolución, y después dirigió al sector "radical" que rompió con la política acordista que Mitre intentaba. En 1891 se formó el partido, como escisión de la Unión Cívica que quedó convertida en Unión Cívica Nacional, bajo la dirección de Mitre.

Un aspecto central de su programa en lo económico era la actitud hacia las tierras públicas. El objetivo era lograr su más igualitaria subdivisión, a través de una política de colonización y entrega a pequeños productores. Paralelamente a preservar para uso amplio la tierra pública. Yrigoyen planteaba la necesidad de proteger la "segunda gran riqueza": el petróleo, poniendo en manos del Estado el dominio efectivo de los yacimientos petrolíferos y confiriéndole el monopolio de su explotación y comercialización.

Como parte de un proyecto de desarrollo económico más equilibrado, Yrigoyen planteaba también la salida al Pacífico para el norte argentino, a través de ferrocarriles "que pusieran directa y prácticamente en comunicación con el mundo las zonas del país cuya ubicación excluye la idea de una vía económica intensa a través de una dependencia absoluta del litoral". Como resultado de esta actitud de promoción productiva, sería necesario para el Estado adquirir una posición cada día más preponderante en las actividades industriales, que responderían principalmente a la realización de servicios públicos, y si en alguna parte esas actividades debían sustituirse en lo posible las aplicaciones del capital privado, eso era en los países de desarrollo constante y progresivo, como el nuestro.¹

En cuanto a las relaciones entre capital y trabajo, la Unión Cívica Radical proponía el establecimiento de un código del trabajo —ensayado sintéticamente ya en la segunda presidencia de Roca— y la intervención del Poder Ejecutivo en los conflictos, cuando fuera necesario, para lograr una conciliación sin aplicación de la fuerza.

En el radicalismo de los primeros tiempos había un elemento de nativismo antiestranjero, más enfatizado por algunos sectores que por otros dentro del partido. Ricardo Caballero, que fue vicegobernador de Santa Fe (1912-1916), se definía como de tradición federal, e insistió en el apoyo que tenía la UCR entre "los allaneros gremios criollos de estibadores, conductores de carros, cocheros, peones de las barracas, reseros y consignatarios de hacienda y trabajadores de playa del harrio de los viejos mataderos".

1. Cf. Gabriel del Mazo (comp.), *El pensamiento escrito de Hipólito Yrigoyen*, Buenos Aires, Index, 1945.

Caballero contrastaba esta situación un tanto gauchesca con la de la Liga del Sur, de Lisandro de la Torre (precursora del Partido Demócrata Progresista) que "tomó sobre sí la ingrata tarea de nacionalizar extranjeros de cualquier origen y condición, con fines electorales", obteniendo apoyo de "la plutocracia rosarina, los fuertes traficantes de la campaña, los colonos italianos y sus hijos". La invasión extranjera, a su juicio, amenazaba al mismo partido roquista, el Partido Autonomista Nacional (PAN), que "comenzaba a perder su fisonomía criolla; caudillos del tipo de Cayetano Ganghi, nacido en Nápoles, actuaban en los comités, sustituyendo a los característicos y bi-víos jefes de parroquias".

Ganghi era un personaje curioso en la Argentina, pero muy común en Estados Unidos. Allí proliferaban los individuos que facilitaban a los inmigrantes sus trámites para hacerse ciudadanos, esperando obtener a cambio sus votos. Los partidos norteamericanos eran los que organizaban estas actividades, por supuesto.

En la Argentina, a pesar de este poco común caso, en general los extranjeros no se nacionalizaban. Y esto no era porque los partidos locales no trataran de conseguir su apoyo, sino porque la resistencia a perder su ciudadanía de origen era muy grande entre la mayor parte de los nuevos habitantes, como ya lo observara Sarmiento.

En cuanto a las formas de la organización partidaria, uno de los primeros teóricos del radicalismo, Joaquín Castellanos, planteaba la necesidad del caudillismo en nuestro ambiente. Afirmaba que

... los males políticos del presente no son la herencia de los caudillos, sino al contrario, una resultante de su desaparición durante un ciclo histórico, en el que aún se hacen necesarios para la organización y la dirección de las fuerzas populares.

Para Castellanos lo malo no era el caudillismo, sino lo que él llamaba caciquismo, y lo peor de todo, la indiferencia cívica. Quizá haya aquí una mera cuestión de nombres —caudillismo versus caciquismo— pero el hecho es que Castellanos estaba señalando una característica general de la política, que es su necesidad de que emerjan personalidades de destaque, capaces de dar liderazgo a los demás.

Una sociedad moderna genera este tipo de dirigencia con menor elemento personalista que una sociedad más novata en las lides cívicas. De todos modos, aun en los países de mayor desarrollo político a menudo la dirigencia tiene un elemento sorprendente de personalismo. No había que engeñarse, entonces, en la copia de un modelo "moderno" que a lo mejor no existía ni siquiera en los países donde se lo pensaba poder encontrar.

Estrañamente, Castellanos criticaba a Roca por no ser un caudillo, pues "no conocía los comités". Mas caudillos, en el buen sentido de la palabra, habían sido Mitre, Alem y Pellegrini. Es significativo que, enfatizado en la lucha interna contra Hipólito Yrigoyen, Castellanos no lo reconociera este como potencial caudillo.

2. Ricardo Caballero, *Hipólito Yrigoyen y la revolución radical de 1903*, Buenos Aires, reed. 1975, pp. 111, 138-140.

Ligado al tema de los caudillos estaba el de los partidos, que gran parte de la opinión pública de la época consideraba excesivamente facciosos, poco constructivos. Para Castellanos, en cambio, "el gobierno de partido, tal como debe entenderse y no como se ha practicado entre nosotros, es el verdaderamente lógico, el más moral, el único posible en definitiva". En cuanto a los partidos de la izquierda, no temía su influjo, pues pensaba que eran un fenómeno natural. De todos modos, si se hubiera aprobado una legislación agraria para sacar de las ciudades a la excesiva población que había en ellas, el socialismo tendría mucho menor fuerza, afirmaba.³

EL MOVIMIENTO OBRERO Y LA IZQUIERDA

Desde fines del siglo anterior el Partido Socialista se había formado agrupando a un amplio espectro ideológico, sindical y étnico. Participaba un influyente grupo intelectual, con figuras como José Ingenieros, Roberto Payró, Leopoldo Lugones y Carlos Madariaga, nucleados en un Centro Socialista de Estudios, creado por Juan B. Justo en 1896. Luego se les añadían otros escritores, como Manuel Ugarte, quien se orientó hacia posiciones de solidaridad latinoamericana, actitud poco compartida en el partido.

Juan B. Justo rechazaba la "política criolla", y pensaba que el proceso inmigratorio seguiría con la misma intensidad por décadas aún. Eso hubiera hecho posible una forma de acción distinta de la que de hecho se impuso cada vez más, pues seguía habiendo un muy numeroso país criollo, que buscaba otras formas de expresión. Esta disyuntiva se enfrentaba cuando los dirigentes del partido, o del sindicalismo en general, viajaban al interior, para ayudar a la formación de sindicatos. Hacía la época en que Blat Massé visitó esa región, el dirigente obrero socialista Gregorio Pinto, continuando la tarea iniciada por Adrián Paltroni, intentó organizar sindicalmente a los trabajadores del azúcar (1905). Pero no consiguió ningún efecto duradero, pues para que la gente local se moviera había que "ejercer el rol de monarca de un Estado autoritario", y él se negaba a actuar de esa manera. Quizá tampoco pudiera hacerlo, aunque quisiera. Años después comentaría, un poco dubitativo:

Hemos contribuido sin querer a que la organización [en Tucumán] no continúe. Con las prácticas gremiales aprendidas no hemos podido ser capaces de decirles a los peones "vayan allá", "quédense aquí". Les hemos dicho "la asamblea resolverá", la comisión, los estatutos... "no hay jefes entre nosotros"... y sígo creyendo que así se cumplió con mi deber pero duele decir que los peones azucareros siguen siendo monoteístas. Sin ídolo no hay lucha.⁴

3. Joaquín Castellanos, *Labor dispersa*, Lausana, 1909.

4. Gregorio Pinto, *Revista Socialista Internacional*, 1, 7, 25 de mayo de 1909, p. 451, y, para la cita anterior, *La Unión Obrera* (órgano de la Unión General de Trabajadores), febrero-marzo de 1906.

La preocupación de los activistas obreros por el concepto de "ídolo" era común en aquel entonces. El periódico sindicalista revolucionario *Acción Socialista* decía en un editorial titulado "Génesis del ídolo", que "la imbecilidad del pueblo lo crea, y el caudillo no puede sino ser el prototipo del imbecil".⁵ A este editor, evidentemente, no le preocupaba ofender ni a su público ni a las autoridades. Seguramente pensaba que el progreso histórico iba a barrer con estos resabios del pasado y de la ignorancia, y que quienes no pertenecieran al sector esclarecido del pueblo no se tomarían el trabajo de leerlo.

Para Juan B. Justo —más cuidadoso en sus expresiones que aquellos militantes más rudos— lo importante era la organización de la clase obrera. Daba como ejemplo lo que había visto en Alemania, donde se practicaba una mezcla de burocracia centralizada y activismo en las secciones locales. Estas son siempre, en cierta medida, asambleas deliberantes, lo que, para la masa de afiliados, hace más eficiente su función educativa. Pero las principales cuestiones relativas a la acción del gremio son resueltas por el Congreso de la Federación, formado por representantes con amplios poderes, no por simples delegados con mandato imperativo, y por el Comité Federal, elegido y fiscalizado por el Congreso.⁶

Los anarquistas, en cambio, rechazaban toda esta compleja organización que llevaba a la burocracia y quizá a la corrupción de los dirigentes, o por lo menos a la pérdida de su impulso revolucionario. En el campo se daban a veces también fenómenos de agitación social que podían conectarse con los de la ciudad: En la zona malicera del norte de Buenos Aires y sur de Santa Fe se generalizó en 1912 una protesta de la gran cantidad de arrendatarios, en su mayoría italianos, que eran los que cultivaban el cereal en esa zona. La huelga fue decidida en una reunión en la Sociedad Italiana, de la localidad de Alcorfa, de ahí el nombre de "Crifo de Alcorfa" con el que se conoce este movimiento. Durante su transcurso hubo participación de dirigentes socialistas y anarquistas. También el recientemente electo gobierno radical de Santa Fe apoyó la protesta, y lo mismo ocurrió con sectores de la prensa y del comercio, que culpaban a los grandes acopiadores internacionales de ser los causantes de la crisis.

Como resultado de esta acción colectiva, que duró tres meses e involucró a una gran cantidad de gente, se formó la Federación Agraria Argentina (FAA), dirigida por Esteban Piacenza, con fuertes influencias de izquierda.

LAS FUERZAS CONSERVADORAS Y LIBERALES Y LOS ORIGENES DEL NACIONALISMO

El conservadurismo tradicional argentino tenía su base en la clase alta agropecuaria, muchos de cuyos miembros habían participado desde antiguo en el ambiente político local. La burguesía, en cambio, mayoritariamente extran-

5. *Acción Socialista*, Buenos Aires, 29 de enero de 1910.

6. Juan B. Justo, *Teoría y práctica de la historia*, Buenos Aires, 1959 (1a. ed., 1909), pp. 350-351.

Jera y sin carta de ciudadanía, ofrecía un déficit de participación, y por lo tanto debilitaba lo que podría haber sido una fuerza conservadora moderna, o liberal. El Partido Demócrata Progresista, en sus inicios, cumplía ese rol, y por eso fue elegido como principal vehículo del esfuerzo renovador pero continuista del sector gobernante.

La fracción más netamente tradicionalista de las fuerzas de la derecha era el Partido Conservador de Buenos Aires, dirigido por Marcelino Ugarte, que desconfiaba de las innovaciones y prefería jugar a lo seguro. La división entre estas dos alas de la derecha o centro derecha argentina fue la responsable de que no hubieran podido enfrentar con éxito el rol de Yrigoyen, y de que luego su apoyo electoral se diluyera rápidamente.

Hacia la época del Centenario aparecieron dos libros que reflejaban un creciente sentimiento nacionalista. Este comenzó expresándose dentro de cauces liberales, y luego evolucionó en diversas formas. Esos dos libros fueron *La restauración nacionalista*, de Ricardo Rojas (1909) y *El diario de Gabriel Quiroga*, de Manuel Gálvez (1910).

En *El diario de Gabriel Quiroga* Gálvez elige un personaje habituado a la introspección y a confiar sus sentimientos al diario íntimo, para expresar sus propias ideas. Gálvez buscaba una regeneración nacional, a través de una pequeña élite de gente dedicada a un ideal, por encima de la multitud. Dada esta posición aristocrática no simpatizó en un inicio con Yrigoyen, aunque se acercó más tarde a apoyarlo, recién en 1928, pero por poco tiempo.

La primera presidencia de Hipólito Yrigoyen (1916-1922)

El deslino quiso que Yrigoyen llegara al gobierno, pero no al poder, por la lentitud del sistema representativo en reflejar la opinión pública. El Senado, con cargos de nueve años de duración, y por el gran peso que en él tenían las provincias más conservadoras del interior, se mantuvo como bastión opositor. Lo mismo ocurrió con el Poder Judicial. La propia Cámara de Diputados, al comenzar, le era opositora. Las minorías renovadoras, o sea los socialistas (de la Capital especialmente) y los demócratas progresistas (de Santa Fe) tampoco lo apoyaban, y la tradición intransigente de la UCR le dificultaba entrar en alianzas con estas fuerzas. Entre los mismos radicales había grupos disidentes (fuertes en Santa Fe especialmente) con los que no era fácil entenderse.

La mayoría de los gobiernos provinciales era resultado del fraude que sistemáticamente se había ejecutado, salvo en algunos distritos, hasta la sanción en 1912 de la Ley Sáenz Peña. Pero en muchas provincias aún las elecciones locales se hacían por las disposiciones tradicionales. El caso más flagrante era el de la Provincia de Buenos Aires, verdadero feudo de Marcelino Ugarte.

Disponía éste de una máquina política distribuida en todas las localidades, con grupos de matones que complementaban la acción de la policía venal. Mediante intercambio de favores se conseguía formar una clientela electoral —a veces munida de libretas compradas— no necesariamente mayoritaria, pero bastante activa como para intimidar a los opositores.

Ahora, desde el Poder Ejecutivo, lo menos que correspondía hacer era mandar la intervención, cosa que efectivamente se hizo, durante el receso del Congreso. Descabezada la hidra bonaerense, las intervenciones en otras provincias se suceden. Pero el gobierno no puede menos que emplear los elementos humanos con que cuenta, en muchos casos desosos de venganza contra las autoridades anteriores. Ahora quienes cometen abusos, a menudo, son los mismos radicales. En algunas provincias intervenidas los conservadores tienen una mayoría electoral, basada en sus prestigios locales y los hábitos de respeto tradicional hacia sus superiores por parte de la población local. Hay que forzar la mano al electorado, entonces, y todo un ciclo vicioso se inicia. Pero la mayoría del país sigue apoyando al gobierno.

Varias propuestas legislativas de Yrigoyen fueron bloqueadas por la mayoría adversa que tenía en el Congreso. Especialmente significativas eran una para la formación de un Banco agrícola, destinado a ayudar a los colonos, y otra que proponía lanzar un empréstito para formar una flota mercante nacional.

El impacto de la Primera Guerra Mundial y de la revolución rusa

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) ya estaba muy avanzada cuando llegó Yrigoyen a la presidencia. Para marcar la independencia del país Yrigoyen se refugió a romper con Alemania, cuyos submarinos habían hundido dos barcos argentinos, a pesar de la presión de un importante sector de la opinión pública. Consiguió durante todo su gobierno mantener la neutralidad y resistir a intentos de presión por parte de Estados Unidos e Inglaterra. Cuando terminó la guerra, se organizó la Sociedad de las Naciones (precursora de las actuales Naciones Unidas) la Argentina no se plugó, por considerar que los derechos de los países menos poderosos no estaban suficientemente garantidos.

Como parte de la política neutralista, Yrigoyen convocó a un congreso latinoamericano en apoyo a esa posición, pero no consiguió suficiente respaldo como para que se pudiera realizar.

La revolución rusa, iniciada de manera moderada a inicios de 1917, tomó forma más radical con el acceso de los bolcheviques al poder, en noviembre de ese año (octubre, según el calendario tradicional ruso). El impacto sobre el movimiento obrero, la izquierda y la juventud en general fue muy grande. Se pensaba que estaban creadas las condiciones para una serie de revoluciones socialistas en escala mundial. Algo de cierto había en eso, pues a fines de 1918, al producirse la derrota de Alemania, hubo en ese país un intento muy serio —aunque fracasado— de toma del poder, realizado por los obreros revolucionarios. También en Hungría hubo un corto régimen comunista en 1919, y en Italia ese año se produjeron intentos en el mismo sentido, con ocupaciones de fábricas y violencias de parte de grupos enfrentados de derecha e izquierda, de donde emergería el fascismo como reacción.

En la Argentina un sector dentro del Partido Socialista se separó, influido por la nueva experiencia, que en cambio era rechazada por la mayor parte de la dirigencia establecida. Se formó el Partido Socialista Internacional (enero de

1918), que a fines de 1920 cambió de nombre, adoptando el de Comunista, y adhirió a la Internacional centrada en Moscú.

En Córdoba estalló, en 1918, una protesta contra el sistema muy arcaico de enseñanza vigente. A la protesta se la conoció como Reforma Universitaria, que planteó la renovación del elenco de profesores, la difusión del sistema de concursos para designarlos, la apertura a la posibilidad de cátedras paralelas y la participación de estudiantes y graduados en el gobierno de la institución.

A estas innovaciones en el área académica se unía toda una visión de cambios sociales, con diversas variantes, por supuesto, dado que no había homogeneidad en las ideas que inspiraban a los jóvenes renovadores. Había, sí, una común sensación de que grandes cambios se avecinaban en todo el mundo, y una decisión de unir más estrechamente el destino del país a los demás de América latina. Las ideas de la Reforma de Córdoba del 18 influyeron en la formación de partidos políticos en el continente, como el aprismo en Perú, dirigido por Víctor Raúl Haya de la Torre, y colorearon la acción de los socialistas chilenos y de grupos revolucionarios en la Cuba de los años 30. En la misma Argentina hubo algún intento de formar un partido reformista, con las banderas del movimiento cordobés, pero no tuvo éxito y los esfuerzos más bien se canalizaron a través de los partidos existentes de la izquierda y del radicalismo.⁷

La relación de Yrigoyen con el movimiento obrero

Los primeros años de la guerra produjeron dificultades a la economía argentina, acostumbrada a usar insumos del exterior. No fue fácil reemplazarlos sustitución de importaciones se fue logrando, y aumentaron las actividades fabriles, aunque a costos muy altos. Todo ese sector quedó expuesto a graves pérdidas al terminar el conflicto bélico. Las condiciones para agitaciones sindicales eran máximas.

Ya en los primeros meses de la presidencia, las huelgas proliferaban. Yrigoyen usó su influencia para lograr avenimientos, siguiendo una tradición que ya Roca había practicado, pero ahora eso se hacía en mucha mayor escala. De particular magnitud fue la huelga ferroviaria de 1917, en la que el gobierno intervino para lograr una transacción favorable a los sindicalistas.

Otros conflictos eran más difíciles de zanjar. Principal entre ellos fue el que empezó en 1919 en la gran fábrica metalúrgica de propiedad del 2.500 obreros era una de las mayores del país en aquel entonces.

En los primeros días de 1919 una huelga local en esa fábrica degeneró en violencia, al oponerse los huelguistas a que fueran descargados carros a la entrada del establecimiento, donde algunos rompieron huelgas aún trabajaban, con

El radicalismo en el gobierno, 1916-1930

107

protección de agentes de seguridad contratados por la empresa. Estos dispararon y mataron a cuatro personas.

Había en esos momentos dos federaciones obreras. La numéricamente más grande, la FORA "del IV Congreso", dirigida por sindicalistas y socialistas, seguía una política moderada, aceptando entrar en negociaciones con el gobierno para investigar el hecho. La otra organización rival, la "FORA del V Congreso", anarquista, estaba siempre dispuesta a aprovechar las oportunidades de confrontación para acelerar las posibilidades revolucionarias.⁸

La Vanguardia, órgano del Partido Socialista, desaconsejaba la violencia, pero al realizarse un cortejo fúnebre, en camino a la Chacarilla, se produjeron enfrentamientos con la policía, que pronto se generalizaron a una gran parte de la ciudad, con un alto número de muertos. Con motivo de la consecuente indignación general, los anarquistas tuvieron poca dificultad en lanzar una huelga general. La huelga persistió varios días, y fue tomada su dirección, en un cierto momento, por la más moderada FORA del VI Congreso.

La violencia, sin embargo, se mantuvo, ocasionando una intervención del Ejército. Al mismo tiempo, grupos de civiles armados actuaban por su cuenta, apoyando a la policía y cometiendo desmanes contra centros políticos y culturales de izquierda, y en el barrio judío, por considerar que "rusos" y "maximalistas" o comunistas eran la misma cosa. De esos grupos emergió la Liga Patriótica Argentina, dirigida por Manuel Carlés, que tendría larga vida como entidad nacionalista de derecha, preparada para la acción directa.

La violencia amainó después de varios días, dejando un saldo de setecientos muertos y numerosos heridos. Por intervención del presidente Yrigoyen se llegó a una solución en el tema de la fábrica de Vasena, favorable a los huelguistas.

A pesar de este conflicto, en el movimiento obrero, especialmente su sector más pragmático, las simpatías con el gobierno radical eran amplias. En junio de 1919, a pocos meses de la represión de la Semana Trágica, decía el órgano oficial de los ferroviarios que el de Yrigoyen era el "primer gobierno popular de la República", y celebraba que hubiera designado al ministro de Obras Públicas (encargado de supervisar los ferrocarriles) sin consultar a las empresas.⁹

Hacia el final de la presidencia se generó un serio conflicto en el sur patagónico, zona de grandes estancias lanaras. En tiempos de escuilla se concentraban masas de trabajadores itinerantes, muchos de ellos inmigrantes europeos con tradiciones sindicales, otros provenientes de Chile, gente con menor experiencia organizativa.

Ya en 1920 existía en Río Gallegos, en el extremo sur del Territorio de Santa Cruz, un Centro de Oficios Varios, que urtaba de organizar también al sector

7. Véase Gregorio Derman, *Juventud de América*, México, Cundertinus Americanos, 1946; Gabriel del Mazo, *Estadísticas y gobierno universitario*, Buenos Aires, El Ateneo, 1946, y Horacio Sanguinetti, *Los regimistas*, Buenos Aires, 1968.

8. La FORA, creada en 1901 con el nombre de FOA, había adoptado, en su V Congreso, de 1905, el "comunismo anárquico" como bandera, o sea, la expropiación total de la burguesía y la gestión de los bienes económicos mediante comunas libres de trabajadores, sin ningún rol para el Estado. Esta posición extrema alejó a los más moderados socialistas y "sindicalistas revolucionarios", quienes de todos modos reintegraron a la central en su IX Congreso, realizado en 1915, y llegó a centrarla. En ese momento los anarquistas se separaron, formando una FOA "anárquica", llamada del V Congreso, mientras que el sector moderado quedó con la estructura de la FOA, denominada "del IX Congreso".

9. *El Obrero Ferroviario*, VIII, 61, del 1 de junio de 1919.

rural, enviando delegados a las estancias donde se concentraba personal temporario. La confrontación se intensificó con episodios laterales, ocasionándose una huelga de corta duración que fue arreglada a satisfacción de los sindicalistas.

Después de este éxito, se intentó extender la organización obrera a la estancias y pedir una serie de mejoras a los patronos, a fines de 1920, las que fueron concedidas por algunos empresarios. Pero en otras zonas rurales la represión policial contra los delegados sindicales se hizo sentir, y desde Lago Argentino una gran masa de manifestantes se desplazó hacia la capital del territorio para pedir protección judicial. En el medio del camino fueron alcanzados por partidas policiales venidas de ambos extremos y se produjo un tiroteo que ocasionó varios muertos, incluyendo de la Policía.

Este episodio fue tomado como motivo por los extremistas de ambos lados para intensificar la violencia, que se difundió a otros centros de esquiladores. El presidente entonces envió al teniente coronel Héctor Varela al frente de un cuerpo armado para imponer el orden. Una vez llegado en enero de 1921, Varela consiguió calmar los ánimos. Los obreros lo recibieron con muy buena voluntad, depositaron las armas y entregaron a los rehenes que custodiaban en un improvisado campamento. Los participantes en el conflicto se dieron por satisfechos de su mediación, y a los pocos meses el militar volvía a Buenos Aires. Algunos huelguistas, sin embargo, no aceptaron las condiciones y se prepararon para seguir la resistencia.

El conflicto sindical, por otra parte, prosiguió con diversas alternativas y la represión oficial se complementó con la acción de grupos civiles de choque pertenecientes a la Liga Patriótica Argentina. En agosto la situación se agravó con la declaración de una huelga general en el territorio y la erupción de la violencia por parte de sectores más extremos de militantes obreros. Algunos volvieron a tomar rehenes e incendiar estancias, cometiéndose abusos que la prensa magnificó al infinito.

Ante la extensión del nuevo conflicto, Yrigoyen volvió a enviar a Varela al frente de más numerosas fuerzas. Esta vez el militar, que gozaba de la confianza del presidente por haber sido militante de la insurrección radical de 1905, y que tenía una predisposición al diálogo, venía con una actitud más dura. Muchos dueños de estancias en el sur eran extranjeros, y al sufrir ellos los efectos de la violencia de los huelguistas ya transformados en rebeldes —"bandoleros", según la prensa— la repercusión internacional se hacía obvia y muy grave.

En la represión Varela se extralimitó respecto de sus órdenes, y decretó fusilamientos y represalias que no estaban dentro de sus atribuciones. Los muertos llegaron al millar, y quedaron como un baldón sobre la política obrera y de derechos humanos del gobierno de Yrigoyen. En el Congreso la oposición intentó una acusación, pero la mayoría radical, por solidaridad partidaria y para evitar un mayor desprestigio del Ejército, lo impidió.

La debilidad de la alternativa electoral conservadora.

El gobierno de Alvear

Hacia el final de su primera presidencia, Yrigoyen había conseguido imponer gobiernos radicales en una gran parte del país. Las fuerzas conservadoras estaban en un estado de debilidad electoral que amenazaba orientarlas cada vez más hacia salidas golpistas, o hacia modelos no democráticos, como los de tipo corporativista. Por el momento, esas tendencias estaban en latencia, aunque ya en el Ejército se había formado una Logia General San Martín, destinada a resistir los intentos de Yrigoyen de alterar las cadenas naturales de promoción para favorecer a sus correligionarios.

Como suele suceder en las sucesiones de importantes jefes políticos, la designación presidencial recayó sobre una figura que aparentemente tenía pocas posibilidades de convertirse en serio rival. El elegido fue Marcelo T. de Alvear, de una antigua y prominente familia argentina (era nieto del prócer de la independencia). Había vivido muchos años en París, donde era embajador, y se lo consideraba más orientado hacia una vida fácil que hacia el poder. De hecho, como también suele suceder, fue un hueso más duro de roer que lo esperado. Su vicepresidente fue Elpidio González, de clara fe yrigoyenista, puesto ahí "por si acaso".

En las elecciones el radicalismo alcanzó el 56% de los votos, contra sólo el 24% de la principal oposición, la Concentración Conservadora. Demócratas progresistas y socialistas tuvieron que contentarse con menos del 10% cada uno. Los guarismos eran muy desiguales, salvo que todos se unieron contra la UCR. Eso era mal visto, y por cierto que cualquier intento en esa dirección era marcado a fuego por don Hipólito como "contubernio", una forma poco airosa de matrimonio en la época romana. Pero también podía suceder que la UCR se dividiera, lo que era además natural dado su enorme peso electoral.

Cuando Alvear armó su ministerio, sólo incluyó a un yrigoyenista. El panorama se ensombrecía. La derecha se alegraba de ver eliminado a todo el elenco plebeyo de fanáticos de don Hipólito. Esto, de todos modos, prometía volver dentro de seis años, y en eso cumplió.

Ya a los dos años del nuevo gobierno, la división se había materializado. Los seguidores de Alvear —no el personalmente— formaron la Unión Cívica Radical Antipersonalista, mejor conocida como "los galeritas". Los yrigoyenistas quedaron con el control de la UCR. Esta división facilitó la figuración electoral del socialismo en la Capital Federal.

El radicalismo era una fuerza de muy heterogéneos orígenes. Manuel Carlés, por ejemplo, dirigente de la Liga Patriótica Argentina, había sido afiliado radical. Entre los antipersonalistas se incluían algunos de los más connotados primeros orientadores del movimiento, como Joaquín Castellanos y Francisco Berrotoaveña. El antipersonalismo absorbió a la diversas disidencias que se habían ido produciendo dentro del partido, por motivos diversos, incluyendo a cantonistas (bloquistas) de San Juan y leonistas de Mendoza.

La economía del país, durante la mayor parte de la presidencia de Alvear, experimentó un notable crecimiento. La industria se había recuperado del bajón

producido por la finalización de la Primera Guerra Mundial, pero necesitaba un mayor estímulo para poder enfrentar la competencia extranjera. La necesidad de industrializar el país, única forma de seguir dando ocupación a una población que se hacía cada vez más urbana, era sostenida por un núcleo de economistas que fue formado por Alejandro Bunge a través de su *Revista de Economía Argentina*, prestigioso órgano, publicado desde 1918.

Bunge, ya desde 1909, había propuesto una "Unión Aduanera del Sud", englobando a la Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Esto implicaba una tarifa aduanera común, igual en un comienzo a la más alta existente, y la total eliminación de restricciones al comercio entre estos países. La idea de agrandar el espacio económico propio de los países de América del Sur quedaba lanzada, aunque no tuvo por el momento repercusión en el gobierno.

El petróleo era explotado en parte por empresas extranjeras, y en parte por Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), muy promovido por Yrigoyen. Ahora la campaña en defensa de una mayor explotación por el Estado de esa fuente de energía fue conducida por el coronel Enrique Mosconi, con quien colaboraba el coronel Alonso Baldrich.

La reacción conservadora, ya muy visible en la primera década del siglo durante los violentos episodios de aquel entonces, se exacerbó después de la Semana Trágica. La Liga Patriótica Argentina, dirigida por Manuel Carlés, intensificó sus actividades. Al mismo tiempo, la Asociación del Trabajo, inspirada por prominentes figuras de la alta sociedad, vigilaba el ambiente sindical y buscaba organizar grupos de gente dispuesta a trabajar para romper las huelgas.

Ya entrando en la década del 20 se va a observar en algunos sectores del pensamiento político la consolidación de una línea que podríamos denominar de nacionalismo elitista, con fuerte influencia y connotaciones del pensamiento de la derecha europea: el corporativismo español de Primo de Rivera, el maurrasianismo francés y el recién surgido fascismo italiano. Aparecerán un sinnúmero de publicaciones de esta corriente: *La Frontera*, *La Nueva República*, etc. Sus más conocidos representantes fueron los hermanos Trazusta, Ernesto Palacio, Carujía, Pico, Leopoldo Lugones y Carlos Ibarguren. Estos van a tener una gran influencia cultural, e influirán también sobre la Iglesia y un sector de las Fuerzas Armadas. Los valores fundamentales sobre los que articularán su discurso serán orden, jerarquía, respeto, autoridad. Estos tendrán una influencia duradera en la historia de nuestro país.

El afamado poeta Leopoldo Lugones, que había comenzado su vida intelectual como encendido anarquista, ahora pasó al extremo opuesto. Durante 1923 dio una serie de conferencias en un teatro de la ciudad de Buenos Aires. Al año siguiente, enviado en delegación oficial al Perú a participar en la celebración del aniversario de la batalla de Ayacucho, declaró que había llegado "la hora de la espada" para corregir los vicios de la democracia.

El "plebiscito" y la tardía llegada de Yrigoyen al poder

Hacia el final del gobierno de Alvear era obvio que el retorno de Yrigoyen se hacía inevitable. Alvear mismo trataba de ser prescindente en la lucha entre yrigoyenistas y antipersonalistas, aunque la mayor parte de la gente de su equipo estaba con estos últimos. El conservadurismo seguía débil, estructurado fundamentalmente en partidos provinciales.

En el Partido Socialista había un sector que tenía actitudes más pragmáticas que las de los iniciales militantes, y deseaba entrar a pleno en la política de alianzas y coaliciones. Ésta era, por otra parte, la práctica en casi todos los países del mundo, aunque era todavía mal vista por un buen sector de la dirigencia y sobre todo de la militancia de base del partido. Después de una serie de episodios personales, se separó un nuevo grupo, que formó en 1927 el Partido Socialista Independiente. Los socialistas independientes pronto se vieron arrastrados en la vorágine de la política "pragmática", atraídos por la tentación de formar parte de una coalición victoriosa antiyrigoyenista, que sin duda contaría con apoyo oficial.

Para las elecciones la fórmula de los radicales antipersonalistas fue votada por los varios partidos conservadores provinciales. Pero sus candidatos, Leopoldo Melo y Vicente Gallo, no pudieron competir contra el prestigio de Yrigoyen, que ganó por un gran margen, en lo que sus partidarios llamaron "plebiscito".

La campaña electoral había sido bastante violenta, y los sectores conservadores del país estaban muy alarmados ante lo que parecía ser una orientación más de izquierda, nacionalista y revolucionaria, de la UCR. Yrigoyen esta vez tenía una mayoría adicta en Diputados, aunque no en el Senado. La preocupación en círculos conservadores era muy fuerte, y se reflejaba también entre los representantes extranjeros. La Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires informaba a sus superiores en Washington, al conocerse la victoria electoral de Yrigoyen:

La actitud demostrada por su supuesto vocero en el Senado, doctor Molinari, y la franca hostilidad expresada por el diario yrigoyenista *La Época*, en relación con los intereses de la Standard Oil Co. en la Argentina, son claros indicios de lo que puede esperarse en los próximos seis años.

La psicología de los argentinos es de una naturaleza tan particular y tan poco comprendida en Estados Unidos, que un acio que sería completamente normal y justificado en cualquier parte, produce reacciones desfavorables.

He sabido que quienes están al frente de importantes intereses británicos en este país, están muy preocupados por lo que pueda ocurrir con respecto a sus inversiones en la Argentina.¹⁰

El tema del petróleo fue uno de los más importantes durante este período. Ya a fines de la presidencia de Alvear, en 1927, la Cámara de Diputados había

10. Informe del 5 de octubre de 1928, reproducido en Roberto Etchepareborda, "Antecedentes de la crisis de 1930", publicado junto con Gabriel del Mazo con el título *La seguridad presidencial de Yrigoyen*, Buenos Aires, 1984, p. 127.

aprobado un proyecto yrigoyenista para nacionalizar toda la explotación del oro negro. Esta concentración de la actividad en el Estado era parte de las declaraciones doctrinarias de la UCR, pero antagonizaba fuertemente con todo el conjunto de inversores extranjeros. Gran parte del mismo partido radical —desde ya los alveanistas— no compartía este criterio estalinista. Para Yrigoyen, en cambio, era esencial evitar en este tema un despliárr de recursos equivalentes al que había ocurrido respecto de la guerra pública.

El golpe militar del 6 de setiembre de 1930 ocurrió justo el día en que se debían realizar elecciones en San Juan y Mendoza. Intervencidas debido a los conflictos generados por el cantonismo y el leninismo, ramas disidentes del antiguo tronco de la UCR, orientadas ahora hacia la colaboración con la derecha. La casi segura victoria radical inmediatamente se traducía en la designación de senadores yrigoyenistas, lo que quizá podría destruir la sanción de la ley de hidrocarburos, si se conseguían algunos votos ajenos, incluidos los demócratas progresistas y los socialistas.

En los ambientes conservadores, ante las pocas perspectivas electorales, recurrían las tesis autoritarias y "nacionalistas". El general José Félix Uriburu —conocido por sus amigos como "Von Pepe" por sus simpatías hacia Alemania— tenía un gran prestigio en las Fuerzas Armadas, y estaba muy ligado a la clase política. Como miembro de la aristocracia salteña, poseía amplios contactos en ambientes conservadores, incluyendo algunos bastante renovados. Su interés por la política provenía de los tiempos del 90, cuando había participado en la Revolución del Parque, junto a Lisandro de la Torre y otros, con quienes mantuvo sólida amistad, aunque sus pasos divergieran.

Uriburu se vinculó a los jóvenes nacionalistas de simpatías fascistas de La Nueva República, y con ellos se preparó para un golpe que permitiera llevar a la práctica las ideas de regeneración nacional que todos albergaban. Ellas implicaban transformar la Constitución de un modelo liberal a otro de tipo corporativo, con prohibición de partidos políticos, y representación a través de asociaciones ocupacionales controladas por el Estado.

Para juntar fuerzas se necesitaba aportar más elementos. Uno de ellos fue el general Agustín P. Justo (pariente del líder socialista muerto en 1928), vinculado a los radicales antipersonalistas. Tanto ese grupo como muchos de los tradicionales políticos del conservadurismo desconfiaban de las soluciones corporativistas, y creían que había que mantener el sistema existente de elecciones y partidos, aunque ocasionalmente corregido con un poco de fraude, mientras el pueblo terminara de adquirir conciencia cívica (o sea, que estuviera dispuesto a votar por los conservadores).

Algunos militantes medios y bajos del radicalismo se habían organizado en grupos de acción callejera, llamados "Klan Radical". Esta "nueva mazorca", según exageraba la oposición, hostilizaba a sus adversarios, empleando una violencia que consideraba defensiva pero que a menudo seguía la táctica napoleónica de que un buen ataque es la mejor defensa. Ciertos grupos opositores eran aún más violentos, promoviendo a fines de 1929 un atentado contra el coche del presidente, que falló en el blanco, aunque el agresor fue instantáneamente muerto por la guardia.

Yrigoyen tuvo que enfrentar también la oposición de buena parte del movimiento obrero y de la izquierda, así como de los estudiantes. De hecho, y sin necesariamente proponérselo, muchos de éstos convergieron con el golpismo de derecha, en su antagonismo contra lo que consideraban un gobierno corrupto, no necesariamente en la figura del presidente, pero sí de muchos colaboradores, que no eran adecuadamente controlados.

Los conservadores, los radicales antipersonalistas y los socialistas independientes habían llegado a actitudes claramente golpistas, en contacto con jefes militares. Los socialistas del partido tradicional y los demócratas progresistas, aunque rechazaban esa involuación, de hecho contribuían fuertemente a crear un clima de desestabilización al criticar implacablemente al gobierno.

Los estudiantes universitarios realizaron una gran manifestación que recorrió las calles céntricas dando muerte a Yrigoyen, en rechazo de lo que se consideraba su dictadura. Al prohibirle el paso hasta la Casa Rosada, hubo tiros y murió un manifestante. Las muertes violentas de participantes en refriegas callejeras se hicieron comunes en los últimos tiempos de la presidencia, como resultado de enfrentamientos entre grupos rivales o con la policía.

En los primeros meses de 1930 hubo elecciones de diputados, donde se esfumó la gran mayoría radical de dos años antes. En parte esto se debía a la naturaleza caudillesca del fenómeno yrigoyenista, que no se traspasaba fácilmente a otros dirigentes medios, especialmente para cargos de diputados. De todos modos, la crisis mundial, iniciada en fines de 1929, afectó al país fuertemente, ocasionando paralización de actividades y desocupación. Los dos partidos socialistas emergían como las principales fuerzas electorales en la Capital, aunque el Independiente era en buena parte votado por gente de derecha que lo usaba como vehículo antirygoyenista, ante la falta de poder de convocatoria de sus propios candidatos.

Finalmente, el 6 de setiembre Uriburu dirigió un levantamiento, con algunas fuerzas de Campo de Mayo, y ante la pasividad de los demás sectores de las Fuerzas Armadas, y poca resistencia civil, derribó al gobierno constitucional. Era la primera vez que una intervención armada tenía éxito en la Argentina, desde 1862: casi setenta años de tradición legalista llegaban a su fin, y una larga odisea se abría para el país.